

El mito de la neutralidad

Érase una vez en un festival de yoga que fue organizado por las principales escuelas de yoga de mi ciudad en el que se desarrollaron muchas actividades... Entre ellas, un satsang o conversatorio, donde representantes de estas escuelas hablaban sobre un tema y luego respondían las preguntas que las personas allí presentes querían realizar. Sentados sobre una tarima y cubiertos con holgadas telas de distintos colores y estilos, con o sin turbante, con o sin camiseta, fueron contestando las preguntas con gran profundidad. Sus palabras denotaban un gran conocimiento sobre la filosofía del yoga. Pero grande fue mi asombro cuando respondieron a la última pregunta... tan, tan grande fue, que algo en mi cerebro cambió, una decisión se había tomado, un nuevo proyecto había comenzado...

Pero, ¿cuál fue la pregunta? Una muy sencilla: «El mundo está muy mal y hay mucha gente sufriendo, ¿cómo podríamos, a través del yoga y todo lo que nos aporta, ayudar a aliviar el sufrimiento de las personas?»

Comprensible, ¿no? Después de tanto practicar la compasión, el amor incondicional y la trascendencia del individuo y del ego... ¿cómo no preocuparse por otras personas?

Sin embargo, las respuestas que ofrecieron se podrían resumir en: «Practicar, practicar y practicar... Practica y el mundo cambiará por sí mismo, medita varias horas al día e inundarás el mundo con una ola de amor transformador». La gente allí presente no pudo sino insistir en la pregunta, tenían sed de cambiar las cosas. A pesar de la insistencia del público, al principio el ánimo de los representantes permaneció inmutable y el sentido de sus respuestas también. La tensión aumentaba. La gente quería oír que era posible hacer algo, trabajar en beneficio del resto de los seres, querían oír que había una salida a un sistema que, entendieran o no, lo percibían como injusto y querían acabar con las injusticias. Sin embargo, los representantes, cada vez más tensos, se aferraban como a un clavo ardiendo a la idea del ser de luz que mágicamente transforma el mundo... ¡como si la sabiduría nos impidiese salir de la esterilla! ¡como si embarrarse las manos fuese identificarse con lo impermanente, como si fuese una absoluta necesidad!

Mis manos agarraban cada vez más fuerte los brazos del asiento, como si fuese a salir disparado si me llegase a soltar. ¡Cómo no eran capaces de poner ni un ejemplo... si hay miles de experiencias muy beneficiosas y que funcionan tremendamente bien! Aunque había dado muchas charlas sobre decrecimiento y otras alternativas al capitalismo, yo no me sentía quién para sentar cátedra. De hecho, prefería que otra persona interviniese. Estaba

sentado con una compañera del taller de yoga del centro social donde empecé a practicarlo y con el profesor de yoga de otro centro social. Les animé a intervenir, pero no quisieron. El tiempo corría. «A ver, una última pregunta». Yo no tenía una pregunta, ni siquiera una respuesta, pero necesitaba decir lo que estaba en el aire y nadie verbalizaba. Traté de ordenar mis pensamientos mientras levantaba la mano. Había llegado la hora hablar... pero había que hacerlo de manera constructiva.

Entonces dije: «Estoy de acuerdo con lo que habéis expuesto.

Simplemente me gustaría aportar algo más. Podemos estar meditando varias horas al día, irradiando amor a las personas que nos rodean... pero si luego compramos comida en las grandes superficies, ropa en cadenas de tiendas de ropa barata y cambiamos de móvil cada año estaremos fomentando el hambre y la contaminación, la esclavitud de mujeres y niñas y las guerras y los feminicidios más allá de nuestras fronteras, y encima ni nos daremos cuenta. Y es que para amar de manera efectiva hemos de ser conscientes de cómo funciona este sistema en el que vivimos y las injusticias que crea. Y no sólo se puede tener un consumo consciente y responsable, sino que también es posible participar en multitud de grupos horizontales que apoyan a las personas y al medio ambiente y fomentar y ser parte de nuevas dinámicas socioeconómicas basadas en el amor y la unidad».

Entonces se hizo un silencio y en él percibí un suspiro general de alivio, como si pudiera percibir lo que sentía la mayor parte de la gente.

Sorprendentemente, durante toda mi intervención las personas que estaban sentadas en la tarima habían estado asintiendo. No sé si les aporté algo o no, pero vi claro que aquello no había sido suficiente. ¿Cómo es posible que los «grandes gurús» de yoga en mi ciudad fuesen socialmente tan inconscientes? ¿A cuántas personas con años de práctica para sentir amor y entrega hacia el resto de los seres habrán adormecido mediante estas ideas?

Jamás había visto tan claramente lo que mi amiga Ana me reprochó de forma provocadora y que, en su momento, tanto me extrañó: «Ah, sí, tú eres de esos hippies espirituales que dicen que hay que aceptar todo, que no quieren escuchar los problemas ajenos porque todo está bien». Como empecé a practicar yoga en un centro social okupado y posteriormente he ido conociendo a gente espiritual en otros centros sociales o en el 15M estaba acostumbrado a una espiritualidad comprometida con el mundo, por lo que jamás había visto tan claramente esta «espiritualidad» desconectada de los problemas sociales. Comprendí entonces que esta «espiritualidad» no era algo minoritario y que había que hacer algo, algo diferente, algo que no viniese del ego, algo que fuese transformador, tanto en el mensaje como en el proceso. Había tomado esa firme determinación: hacer algo, pero además, no hacerlo solo. Conocía a bastantes personas cuya espiritualidad les había

llevado a vivir de una manera mucho más consciente... pero no sabía que en mi camino me iba a encontrar con tanta gente que pudiese aportar experiencias y reflexiones tan bellas. Había nacido un nuevo camino que transitar...

(Miki Decrece, a "[Activismo y Espiritualidad](#)")